



KARL LÖWITH

Max Weber y Karl Marx

**Traducción de Cecilia Abdo Ferez,
introducción de Esteban Vernik,
posfaco de Luis F. Aguilar,
Barcelona, 2007, 219 pp.
ISBN 978-84-9784-092-7**

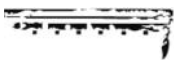
En estas mismas páginas se introdujo, ya hace un año (LTV/Libros serie 1), la obra a la que se dedica esta reseña, enmarcándola en el conjunto de la Serie Teoría Social de Gedisa. El autor de aquella primera invitación a su lectura, Antonio Lastra, llamó la atención sobre la dificultad que el lector actual necesariamente encontrará para una lectura serena de estos textos, pero hizo, de entre el conjunto de la Serie, dos excepciones a esta afirmación: una de ellas es el segundo ensayo de este libro de Löwith ('Max Weber y sus seguidores'). Siendo el más breve de los tres textos que lo componen vemos, de forma inesperada, cómo puede ser la puerta de entrada hacia este libro, en el que se observan trazas de las mejores esencias de la obra de Löwith.

La prosa de este filósofo arrojado a la diáspora tiene algo de encantamiento, pues su lectura deja tras de sí un poso de sentido que, a fuerza de tanta ausencia, resulta embriagador. En este libro breve pero tremendo su argumentación gira en torno a la figura de Max Weber y se diría que conecta con él en muchas y muy profundas cuestiones. Especialmente en lo que concierne a la articulación sincera de la propia posición ante la vida, que se presenta, en estas páginas, como la verdadera herencia de Weber, y que el mismo Löwith parece haber hecho suya, confesando sutilmente en esta obra su

deuda para con el desencantador de mundos. Tres estudios componen este librito: 'Max Weber y Karl Marx', ensayo de 1932 que da título a la obra y en el que se trata la "diferencia en lo común" a ambos autores; el ya citado 'Max Weber y sus seguidores', publicado en 1939-40, que tiene muy duras palabras para Carl Schmitt y su colaboración con el régimen hitleriano; y 'La posición de Max Weber frente a la ciencia', publicado en 1964. Más allá de algunas repeticiones casi textuales en los tres ensayos (cuya impresión acentúan el prefacio y el posfaco de los editores), todos gozan de la envidiable capacidad de Löwith para ser conciso a la vez que extraordinariamente certero y ambicioso en el tratamiento de los problemas centrales que aparecen ante sus ojos. Muestra de ello es la original aproximación que realiza a las figuras, habitualmente contrapuestas, de Marx y Weber dando por hecho que hay entre ellos importantes cuestiones en común. La principal es la pregunta acerca de ¿qué es el hombre?, pues en ella descubre Löwith el origen de las investigaciones de Marx y Weber (ambos "sociólogos filosóficos") sin que esto impida desarrollos muy diferentes de éstas. Según Löwith, cuya conclusión aparece con toda franqueza ya en los primeros compases del texto, esta antropología filosófica une a los dos autores estudiados estrechamente, si no en sus conclusiones ni en sus pretensiones (la destrucción de la situación general de irracionalidad, en Marx; su comprensión, en Weber) sí al menos en cuanto a la motivación que los ha puesto en marcha.

Además de este interés antropológico, la pregunta por la ciencia, con todas sus consecuencias epistemológicas (y éticas) la situará también Löwith en el centro de su texto de la mano de Weber, quien apuesta claramente por una clarificación de los presupuestos que permiten una aproximación científica a la realidad. Es decir, que es necesario para un científico ser lo suficientemente honrado como para declarar (y declararse a sí mismo, que en este caso es lo más difícil) desde dónde observa la realidad. Un *ethos* como este no tiene nada que envidiarle al más religioso de entre ellos ya que implica una severidad para con uno mismo nada fácil de llevar. "El que se miente a sí mismo y escucha sus propias mentiras llega a no distinguir ninguna verdad ni en su fuero interno ni a su alrededor, pues deja de respetarse a sí mismo y de respetar a los otros." Podrían ser palabras de Weber aunque sean las del stárets Zósima de *Los hermanos Karamázov*, de Dostoievski.

Löwith describe la posición de Weber (tanto en el ensayo dedicado especialmente a ello como en los dos anteriores) afirmando que "lo que puede y debe suceder por el fin de la 'objetividad' científica no es una ilusoria minimización de la 'subjetividad', sino el claro y consciente hacer notar y el tomar-en-consideración aquello que es científicamente indemostrable, aunque sea científicamente relevante" (p. 43). Que esta invitación a la honestidad ha tenido un fecundo recorrido por el siglo XX puede demostrarlo una lectura que fuera desde Freud a Michel de Certeau pasando por Wittgenstein o Foucault. En mi opinión, como punto de partida es magnífico, pero puede pervertirse cuando se absolutiza esta invitación al tomar por únicamente correcto el propio presupuesto de Weber: el desencantamiento del mundo. "Se vuelve totalmente claro que la exigencia de Weber de una 'liberalidad científica' no se refiere tan solo a las contradicciones y oscuridades lógicas... sino al hecho de que el proceso científico y lógico... es expresión de una concepción de la vida puramente *terrenal*, orientada a lo 'cotidiano'" (p. 50). Presupuesto este que descansa con fuerza —según Löwith— en conclusiones filosóficas anteriores pues "después de Nietzsche no se tiene ninguna razón más para vencerse de que existe un mundo 'verdadero'" (p. 125). Para aquellos a quienes nuestra propia inteligencia (y la experiencia



LIBROS



KARL LÖWITH Max Weber y Karl Marx

de vivir) nos lleva a otra conclusión, la apuesta de Weber (y la de Nietzsche) no deja de ser equivocada, aunque sea más valiente de lo que muchas veces somos capaces de ser. Sin embargo Löwith está de acuerdo con Weber y asume como propio su punto de partida, llegando a conclusiones (si a una actitud ante la vida se la puede llamar conclusión) parecidas a las del venerado sociólogo. En este sentido es significativo que Lastra vea a Löwith (en una mirada cronológicamente final) como alguien que ha “perdido ya todas las ilusiones”. Y es que efectivamente las ilusiones son la piedra de toque de esta discusión y, por supuesto, de la obra de Löwith (así como de la del propio Weber o de Freud). Para comprobar hasta dónde llega en este filósofo que se doctoró con Heidegger la convencida búsqueda e identificación de las ilusiones ocultas sólo hay que disfrutar con la lectura de su *Historia del mundo y salvación* (Katz, 2007), cuyo planteamiento está —como en *Max Weber y Karl Marx*— en conexión directa con el propósito weberiano de una “filosofía social” que se ocupara del “desvelamiento de las ideas e ideales en verdad rectores de las investigaciones científicas” (p. 44)

No queda más que felicitar a Gedisa por el acierto de esta edición y alegrarse de que en los últimos años se estén publicando traducciones al castellano (véanse las de Katz o Visor) de numerosas obras de este pensador serio y austero que es Karl Löwith. Es una lástima que aún no se haya decidido ninguna de estas editoriales a emprender la publicación de sus obras completas de forma sistemática. Empresa de claros beneficios para todos a la que desde aquí no puedo más que animar con todas mis fuerzas.

Juan Diego González Sanz